

EL TRABAJO

Órgano de la Sociedad de Albañiles de Madrid

Teléfono 15155.—Secretaría 34.—Piamonte, 2 (Casa del Pueblo)

Todos para uno
Uno para todos

Diciembre 1928

In memoriam

En el tercer aniversario de la muerte de Pablo Iglesias

En la tarde del día 9 del corriente mes de diciembre cúmplase el tercer aniversario de la muerte de nuestro inolvidable maestro.

Al escribir estas líneas rendimos el justo homenaje al que fué infatigable luchador, cuyos consejos y exhortaciones no debe olvidar ningún trabajador consciente del cumplimiento de su deber.

Rendimos el tributo de admiración y cariño a que el «abuelo», en toda una vida de ejemplar abnegación, se hizo acreedor, ante la fe, constancia, virtudes y honradez que supo imprimir, por su constante laboriosidad, en la organización sindical, representada por la Unión General de Trabajadores, y en la acción política, reflejada en la brillante historia del Partido Socialista, organizaciones ambas encarnadas en el espíritu de este inolvidable camarada.

El nombre de Pablo Iglesias llena todo un período de la historia sindical y política, en el movimiento obrero de nuestro país.

Fuó el incansable sembrador de nuestro ideal; fué el maestro que nos guió en nuestros primeros pasos; era nuestro mejor consejero, sincero, leal, honrado en el consejo, puesta la vista siempre en el alto interés de la organización, en sus múltiples y variados aspectos.

La semilla de su doctrina, esparcida por todo el ámbito de nuestra nación, dió sus frutos, que, al transcurrir del tiempo, los hechos, en realidad honradamente sentida, agrandan la ya gigantesca figura del llorado maestro.

Cumplimos el deber de rendir este modesto homenaje al hombre que todo lo sacrificó por defender la causa de los explotados; pero no debemos en ningún momento olvidar que el homenaje que mejor y más eficazmente podemos rendirle, por estar mas en consonancia con su espíritu, es el de imitarle en la intachable conducta que siguió en todas las manifestaciones de su vida.

Todo buen asociado, que de tal se precie, al trazarse la línea de conducta que el maestro se trazó, honrará a Iglesias, honrándose propiamente.

Al recordar a Iglesias, que consideramos fué en vida un hombre cumbre, la emoción embarga nuestro espíritu, la pluma deja de correr por las cuartillas. Tan grande fué su obra, que no os consideramos empuñados para comentarla.

Cerramos, pues, estas líneas de homenaje y recordación al tercer aniversario de su muerte descubriéndolos con respeto ante su tumba.

Con motivo del tercer aniversario de la muerte del inolvidable maestro que en vida ostentó el glorioso nombre de Pablo Iglesias, se nos ruega la publicación del artículo que reproducimos.

Fuó Iglesias el fundador del querido diario *El Socialista*. Este defensor infatigable de la organización obrera fué el amor de sus amores; y rindiendo homenaje al maestro, insertamos el artículo de referencia, que lleva por título

«El Día de EL SOCIALISTA»

Tema constante de preocupación para cuantos militan en nuestro Partido es el de asegurar la existencia del periódico que Pablo Iglesias fundó para difundir las ideas socialistas, y que, repitámoslo una vez más, porque

ello constituye un timbre de gloria para todos, en su larga existencia, y a despecho de las muchas vicisitudes y contratiempos por los que ha pasado, no ha dejado de aparecer «ni una vez siquiera»—salvo en casos de suspensión gubernativa—en la fecha marcada.

Es indudable que, de no haber contado el Partido con hombres abnegados, desprendidos, generosos, unos con su esfuerzo personal y otros con su aportación pecuniaria, *El Socialista* habría sufrido alguna vez un eclipse en su aparición. No ha sido así, por fortuna, y de esperar es que tal desagradable eventualidad no se presente en lo sucesivo. Pero... nadie ignora que si *El Socialista* no está amenazado de muerte, no se desenvuelve su existencia con el vigor requerido, ni puede ser todavía el periódico que los trabajadores necesitan, por falta de medios económicos para dotarle de cuantos elementos exige hoy un periódico de tipo moderno.

Tampoco ignora nadie que *El Socialista* tiene en su acrisolada honradez política y administrativa un dique que le impide aumentar los ingresos acudiendo a arbitrios inconfesables. En nuestra contabilidad no hay partidas secretas de ninguna clase: los ingresos proceden íntegramente de las suscripciones, de la venta y de los anuncios. En esa norma de conducta perseveraremos en lo sucesivo, como hemos perseverado antes. ¡Ah! Si *El Socialista* se hubiera acogido a aquella componenda del «anticipo reintegrable», que incluso periódicos de rabioso matiz se apresuraron a aceptar, no se habría agravado nuestra situación económica por el precio exorbitante que hubo de alcanzar el papel de periódico en los años de la guerra.

A pesar de todo, en esta última etapa del periódico, según pueden haber visto todos los compañeros en la Memoria presentada al reciente Congreso de nuestro Partido, nuestra administración se ha reorganizado y encarrilado de tal suerte, que, a pesar de ser mayores que antes los gastos del periódico, el déficit va disminuyendo, aunque muy lentamente. La salvación del periódico está ahora en las suscripciones voluntarias de entidades y camaradas desprendidos, que anualmente hacer llegar a la Administración el dinero suficiente para que el déficit no sea mayor.

No para que nos sirva de consuelo, sino de estímulo, hemos hecho constar más de una vez que casi toda la prensa socialista del mundo, salvo la de contados países, tropieza con iguales inconvenientes que nosotros. Esto prueba que no somos una excepción lamentable en lo de no poder sostener el órgano del Partido Socialista; antes bien, si comparásemos nuestro nivel económico con el de otros países, quizá la balanza nos fuera favorable en el sentido de realizar un esfuerzo crecido, atendidas nuestras posibilidades pecuniarias.

El reciente Congreso del Partido abordó una vez más la cuestión de asegurar la vida de *El Socialista* arrojando recursos que le permitan desenvolverse y ampliarse. Como la cuestión se reducía, sencillamente, a buscar dinero, el Congreso no tenía más que dos soluciones que proponer para reunirlo: o aumentar la cuota—procedimiento directo—o recomendar el fomento de las suscripciones particulares y de grupos encargados de recaudar fondos y allegar suscripciones—procedimiento indirecto—.

El Congreso estudió detenidamente

las propuestas de la ponencia relativa a *El Socialista*, y desechó el imponer todo aumento de cuota, porque para que fuera eficaz habría de ser crecido, y no podrían pagarlo la mayoría de los afiliados, especialmente los de las localidades agrícolas. Hubo de aceptarse el sistema indirecto, y al efecto no se halló otro procedimiento más práctico que el de confirmar la iniciativa de la Agrupación Socialista de Santander, por la cual se instituye con carácter oficial el Día de *El Socialista*, consistente en que el 9 de diciembre, la inolvidable fecha en que murió Pablo Iglesias, se organicen por las Agrupaciones veladas, mítines, funciones teatrales, rifas y actos análogos, cuyos productos sean íntegros para ayudar al periódico.

Desde luego, el Congreso no dió (con otra fórmula más eficaz—prueba, tal vez, de que no la hay—para recaudar fondos con destino a *El Socialista* que la de dar estado oficial y obligatorio a lo que se venía haciendo hasta aquí.

Como la fecha del 9 de diciembre no está ya lejana, nos permitimos recordar a todos los afiliados el acuerdo del Congreso, con objeto de que con la debida anticipación vayan organizando los actos que han de celebrarse en «el Día de *El Socialista*». Es seguro que de la acertada preparación de los mismos—por ejemplo, elección de oradores, de la obra escénica que haya de representarse, así como de sus intérpretes, y de la debida y necesaria propaganda de los actos—ha de depender en gran parte el buen éxito perseguido. Nada de dejar las cosas para última hora. Con tiempo, ordenadamente, organicemos los actos que nos hemos impuesto celebrar el 9 de diciembre, y el resultado será el que todos apetezcamos.»

Un sapo y una campesina

Era una de las primeras vísperas del Primero de Mayo. Como siempre, nuestro inolvidable Iglesias era requerido por las organizaciones obreras para la preparación del solemne suceso.

Tocóle aquel año acudir a Linares, alojándose en una fonda donde todavía existía una de aquellas «mesas redondas» del antiguo régimen, en las que la conversación se hacía general entre los comensales.

Como era natural, el tema de la charla de aquel día fué el del mitin que debía celebrarse en el teatro principal, con la atrayente circunstancia de que en él había de hablar Pablo Iglesias, cuyo nombre ya había adquirido resonante popularidad.

Tácitamente convinieron todos los huéspedes en asistir al acto, tanto más cuanto que excitó la curiosidad de aquéllos por conocer personalmente al orador el que uno de los presentes, un joven corredor de comercio, dándose aires de hombre mundano y enterado de muchas cosas ignoradas de los pobres provincianos, dijo a voz en grito que él conocía muy bien a Iglesias, repitiendo de «pe a pa» todas las imbecilidades calumniosas que por entonces eran la comida de la legión de idiotas que las creían a pies juntillas.

Otro que no fuera Iglesias seguramente habría lanzado una botella sobre la cabeza de aquel mentecato; pero le escuchó sin inmutarse, contentándose con dirigirle una mirada que equivalía a un salivazo.

Claro está que el tal mequetrefe asistió al mitin, y como, en realidad, no había visto nunca a Iglesias, hay que suponer la impresión que recibiría al ver en la tribuna a uno de sus compañeros de hospedaje, y al que tan groseramente había maltratado.

Pero en lugar de coger los bártulos y marcharse de la población antes de ponerse de nuevo junto a Iglesias, el pobre bolarate tuvo valor para diri-

CONVOCATORIA

Esta Sociedad celebrará juntas generales ordinarias los días 11, 13, 18 y 20 del presente mes de diciembre, a las seis de la tarde, en el salón grande de la Casa del Pueblo (calle de Piamonte, número 2), en las cuales proseguirá la discusión pendiente en la convocada para el día 21 del pasado mes de noviembre.

LA JUNTA DIRECTIVA

Madrid, 1 de diciembre de 1928.

Nota.—Para la entrada en el local es imprescindible la presentación de la cartilla de asociado.

CONFERENCIAS

Los días 10 y 17 del corriente mes de diciembre, a las seis de la tarde, y en el salón grande de la Casa del Pueblo (calle de Piamonte, número 2), continuará el cursillo de conferencias que se viene celebrando a cargo del camarada **Dr. Julián Torres Fraguas**, prosiguiendo su disertación sobre

Las enfermedades profesionales en los oficios de la construcción.

Dado el interés que para los trabajadores en general, y muy particularmente para los de nuestro oficio, tiene el tema que ha de explicarse, encarecemos la asistencia de los asociados.

La entrada a estas conferencias será pública.

LA JUNTA DIRECTIVA

Madrid, 1 de diciembre de 1928.

girse a él pidiéndole mil perdones por su inconsciencia repugnante.

La respuesta de nuestro insigne amigo fué volverle, asqueado, la espalda.

En contraposición a este maloliente episodio, referiré otro, que tiene el aroma de la más exquisita espiritualidad.

Andaba nuestro Pablo Iglesias «de misión» por las provincias de Castilla la Vieja, y en todos los pueblos era acogido con espontáneas y ruidosas manifestaciones de simpatía de los ingenuos campesinos. Como en aquella comarca son escasas y malas las vías de comunicación, para trasladarse de un lugar a otro había que utilizar carritos, tartanas, carretas y hasta burros más o menos malalones, poniendo tales «elementos» en trances de muerte al pobre Iglesias, cuya salud no fué nunca muy firme.

En una de esas largas y penosas caminatas observó Iglesias que a buena distancia de la «caravana» seguía a pie una simpática matrona campesina, a la que había visto escucharle con gran interés en el mitin que habían celebrado en el pueblo que acababan de abandonar.

Celebrábase otra reunión en el lugar al que se dirigían, y allí también vió a la buena mujer oyéndole con extrema atención.

Después, hallándose conversando en un corro formado en la plaza del pueblo, vió Iglesias, no sin sorpresa, que súbitamente apareció la mentada rrujer, la cual, abriéndose paso a codazos por entre los que la rodeaban, se lanzó sin decir palabra sobre él, dióle un fuerte abrazo y, rápida, echó a correr. ¡Qué hermosa explosión del sentimiento y simpatía que, sin duda, despertó en aquel corazón femenino la palabra persuasiva y ardiente de nuestro más excelso propagandista!

Iglesias, maestro de «esgrima»

—Pero ¿eso es cierto?—me dice un joven tipógrafo que se halla a mi lado al trazar estas líneas—. ¿Iglesias, maestro de esgrima?

—La verdad pura; nada de chirigota. Lo que ocurre es que, a pesar de que sus biógrafos han estudiado su personalidad bajo diferentes aspectos, pasó inadvertida a sus miradas inquisitivas esta faceta que hoy voy a revelar, con la autoridad que me da el conocimiento pleno de su persona y aprovechando la oportunidad de la

fiesta que hoy celebra el Arte de Imprimir.

—De todos modos, de seguro que el «descubrimiento» excitará la curiosidad de los compañeros.

—El caso no es para menos. Desde luego afirmo que Iglesias no fué un espadachín ni un pendenciero, y por ello no cultivó la esgrima de la espada y el florete, por ser armas aristocráticas y caballerescas; pero lo que es en el manejo del plebeyo «sable» fué un temible rival del maestro Afrodisio. Entre los mil «dances» de que yo fui testigo, te referiré uno, en el que su «acerada» hoja salió triunfadora.

¡Agárrate! Hace de esto más de cuarenta años. Celebrábase el banquete de aniversario de la Asociación, y la Comisión organizadora se veía negra para encontrar local adecuado. Tuvo que apachucar con el de un fondín que existía en la calle de Tetuán, del que no te imaginarás que era precisamente un Ritz cuando te diga que en él se servían pantagruélicos cubiertos por el precio de una peseta; de éstos disfrutó nuestro venerado «abuelo», sin duda para despistar a los idiotas que ya hablaban de su gabán de pieles y de las cuantiosas cantidades que recibía de los fondos secretos de Gobernación. Quizá aludiera Roberto Robert a los concurrentes a dicho bodegón ilustrado cuando escribió aquéllos célebres pareados:

Ganan tres reales al día,
y van de orgía en orgía.

Coincidimos en una misma mesa Iglesias, Paco Feito, Felipe Ducacal y yo.

—¿Era ese Ducacal el que yo he leído que se le atribuía haber escrito en la fachada del ministerio de Hacienda cierto histórico letrero en los primeros días de la revolución de septiembre?

—El mismo; lo que no le impidió ser luego uno de los agentes más bulliciosos de la Restauración. Sin embargo, es justo hacer constar que, por haber sido su padre impresor y él aprendiz de cajista, siempre se portó con nosotros con afecto y generosidad, como lo demuestra el que, siendo empresario del teatro Español, dió a beneficio de la Asociación varias funciones, cuyos productos «netos» ingresaban en nuestras cajas. ¡Hoy las cosas han «vareado»!

Pero no divaguemos; vamos al hecho de este verídico episodio.

De Sevilla vino a Madrid el tipógrafo Abelardo Torres, joven, simpático, inteligente y entusiasta por nuestra Sociedad; en seguida se captó el cari-

ño de los compañeros. Mas tuvo la desgracia de caer al poco tiempo enfermo, y socorros sociales y suscripciones de los amigos no bastaban a subvenir los gastos de la prolongada y fatal dolencia. La miseria había clavado sus garras en los escuálidos cuerpos de nuestro amigo y de su madre desconsolada.

Era ocasión pintiparada para que Iglesias desentendiera su invencible «sable», y Ducacal, «sujeto» que ri hecho de encargo para recibir el «mandoble».

—¿Has estado hoy en casa de Torres?—me preguntó, hurgándome disimuladamente con el codo.

—Sí—contesté, haciéndome cargo en seguida del truco.

—¿Y cómo le has encontrado?

—Cada vez peor, y en situación que arranca lágrimas al corazón más empedernido.

—¿De quién habláis?—interviene rápido Ducacal—. ¿Le conozco yo?

Entonces Iglesias le contesta pintando el caso con tan téntricos colores y con la elocuencia que le caracterizaba, que Felipe, conmovido, echó mano a la cartera y entregó a Pablo un billete de diez duros, diciendo:

—Bueno; dáselo a ese desgraciado, y dile que se lo regala un cajista honorario.

Hizo Iglesias algunos remilgos acerca de lo cuantioso del donativo, y añadió Ducacal:

—¡Quita, hombre! ¡Si esas pesetas menos dejaré en el tapete verde cuando salga de aquí!

Había terminado el «dance».

Para casos análogos empleaba Iglesias su admirable «esgrima», jamás en su personal provecho. ¡Cuántas miserias y dolores de compañeros desgraciados hallaron consuelo y alivio en su corazón gigante!

Pero, al contrario de lo que se dice del tronco del sándalo, que perfuma el hacha que le hiere, el «sable» de Iglesias saturaba de delicioso aroma fraternal el espíritu de sus «víctimas».

M. GOMEZ LATORRE

¡Compañeros! El homenaje mejor que se puede hacer al maestro es el de imitarle.

FECHA MEMORABLE

Triste misión la de aquel que ha de surtir a los más de alegrías, porque él no puede llorar jamás.

¡Cuántas veces un actor, diciendo chiste tras chiste, ocultará su dolor!

¿Hay alegría más triste? Mas yo, si os hice reír, hoy os tengo que implorar (que es tanto como pedir) que me ayudéis a llorar.

Una fecha me conmueve, que ocultará si pudiera. En este mes, el día nueve, la tan sagaz Parca fiera,

con la cautela debida, propia de vil alimaña, de Iglesias segó la vida con su implacable guadaña.

Recordemos con anhelo al anciano venerable, aquel que fué nuestro Abuelo y que será inolvidable.

Tres años ha que su falta de entre nosotros notamos. ¡Su virtud puso tan alta, que apenas la vislumbramos!

Perdonad si vuestra calma turbo con este recuerdo. ¡Siento su ausencia en mi alma cada vez que de él me acuerdo!

Y puesto que los difuntos merecen respeto, ahora vertamos lágrimas juntos.

¿Quién es poeta y no llora?

Vicente ARROYO RAMOS

Recuerdos de las juntas generales

Extraordinaria del 28 de octubre.

En la junta general extraordinaria celebrada en la mañana del domingo 28 del pasado mes de octubre se adoptaron los acuerdos siguientes:

Fueron aprobadas las peticiones de socorro por inutilidad parcial, a consecuencia de accidente del trabajo, reclamadas por los compañeros Severo de la Morena Fernández, núm. 3.613, y José Muniaín Ramos, núm. 7.075.

Después de amplia discusión, fué desechado el criterio sustentado por la Junta directiva en la solución por ésta presentada para dar fin al conflicto existente entre nuestra Sociedad y la Federación Local de la Edificación y podernos reintegrar a ésta nuevamente.

VIII Conferencia Internacional de la Edificación

En nuestro número anterior dábamos a conocer que en la mañana del 25 del pasado mes de octubre daba comienzo la VIII Conferencia de la Internacional Obrera de nuestra industria.

Tres días han durado las tareas de la Conferencia, habiendo asistido como delegados representantes de las Centrales que se mencionan las camaradas que a continuación reproducimos:

Alemania.—N. Bernhard, H. Scheibel, A. Schmit, H. Otto, Th. Thomas y J. Melzer.

Austria.—J. Wessely.

Bélgica.—J. Verdonck.

Checoslovaquia.—T. Hausmann y K. Tetenka.

Dinamarca.—Carlos Petersen.

España.—Anastasio de Gracia, Félix Mena y Nicolás González.

Finlandia.—U. Nurminen.

Francia.—H. Cordier.

Gran Bretaña.—Th. Barron y H. M. Pherson.

Holanda.—L. Van der Wall.

Noruega.—B. Haakestad y J. Johansen.

Rumania.—F. Ujhelyi.

Suecia.—E. Olsson.

Suiza.—A. Vuattolo.

El Comité Ejecutivo de la Internacional está representado por los compañeros siguientes:

Francisco Paeplow, presidente; Hermann Kober, tesorero; Jorge Kappler, secretario general; W. Wolgast, secretario adjunto, y W. Björkmann, R. Coppock, J. W. Van Achterbergh, E. Gryson y Th. Meissner, vocales.

Como traductores asisten Niendorf, por el idioma inglés; A. Kocik, por el escandinavo; señorita Bruchlen, por el francés, y Fabra Ribas, por el español.

El presidente puso en conocimiento del Congreso que Cuaglino, italiano, no puede asistir al Congreso por no haber obtenido el visado de su pasaporte por el Consulado de su país.

Por la Internacional Sindical y por la Unión General de Trabajadores asistió el camarada Francisco Largo Caballero, y por el Partido Socialista el compañero Andrés Saborit.

En esta primera asamblea de carácter internacional celebrada en nuestro país se han tratado, una vez declarada constituida la VIII Conferencia, los puntos siguientes.

Informe del secretario de la Internacional.

Propaganda en favor de la Internacional.

La inmoralidad del trabajo por el procedimiento del destajo

Mucho se ha combatido en toda la prensa sindical y socialista el procedimiento del trabajo a destajo. Contra esta inmoral e inhumana forma de producir hemos escrito constantemente en estas columnas. Nuestro criterio pudiera parecer parcial a los que ven los problemas de una manera simplista, sin procurar estudiarlos en su verdadero fondo.

Hoy vamos a tratar el tema con plumas ajenas, una de ellas la del doctor D. Jaime Aguadé Miró, del Ateneo Enciclopédico de Barcelona; la otra es del maestro Felipe Turati.

El Dr. Aguadé Miró opina lo que a continuación reproducimos:

«No soy de los más indicados para responder a la encuesta de «La Veu de Catalunya» sobre el acuerdo del Congreso de la Unión General de Trabajadores. No he estudiado a fondo la organización del trabajo, porque al Socialismo me han conducido principios morales, más que económicos. A pesar de esto, procuraré contestar a la amable invitación del amigo Bertrán y Piójoán.

Los elementos obreros, lo mismo marxistas que sindicalistas, son contrarios al trabajo a destajo, y se apoyan en argumentos perfectamente antagónicos a la argumentación patronal.

En primer lugar, los obreros sindicados ven la superproducción como su mayor enemigo. Las crisis de trabajo que periódicamente ocasiona, además de ser horas de angustia para el obrero como individuo, lo son para la colectividad, al disminuir la eficacia de las mejoras conseguidas en una

Firmas migratorias y Empresas internacionales de la Edificación.

La jornada de ocho horas en la Edificación.

Exposición «La Juventud en la Edificación».

Reforma de los estatutos.

Elección del sitio donde ha de residir el Comité Ejecutivo, y de este Comité; determinación de los grupos de países que constituyen el Consejo General, y punto en que tendrá efecto la próxima Conferencia.

Dada la extensión de los dictámenes y la falta de espacio, nos vemos imposibilitados de poderlos reproducir; si diremos que todos ellos son de un gran interés y de una elevación de pensamiento que honra a la clase trabajadora y a la organización obrera.

Acuerdos importantes fueron, entre otros, la discusión y examen de los nuevos estatutos, quedando aprobados en la forma siguiente:

El artículo 1.º expone su objetivo, o sea la supresión del salariado. El artículo 2.º expone cuáles son los órganos directivos de la Federación: 1) El Congreso. 2) El Consejo General, compuesto de seis delegados de grupos de países. 3) El Comité Ejecutivo, nombrado por el Congreso.

El resto del articulado es de orden administrativo.

Se designó el Comité Ejecutivo, quedando constituido por los camaradas:

Bernhard como presidente, por aclamación.

Para el resto de los cargos del Comité Ejecutivo fueron reelegidos por unanimidad los compañeros siguientes: H. Kober, tesorero; J. Kappler, secretario general, y W. Wolgast, secretario adjunto.

Para el Consejo General son reelegidos, también por unanimidad: W. Björkmann, R. Coppock, J. W. Achterbergh, E. Gryson, Th. Meissner y J. Riecz.

Cordier propuso que el próximo Congreso se celebre en París, y así se aprobó por mayoría de votos.

Repelimos, como en el número anterior, nuestro fraternal saludo a los camaradas que nos honraron con tan agradable visita, deseando vivamente que su paso por nuestro país sea motivo para estrechar más los lazos de la unión internacional de los trabajadores en beneficio de éstos y de la organización.

serie de luchas. Es el momento en que los obreros están desarmados, y no tardan, si las circunstancias perduran, en entregarse sin condiciones a su adversario vencedor.

Hay que estudiar con toda lealtad los momentos actuales y observar los millares de hombres que por falta de trabajo han tenido que aceptar jornales de hambre, no solamente incapaces de subvenir a las necesidades de una familia, sino casi ni a las de un individuo, y la multitud de talleres y fábricas donde las ocho horas son un recuerdo histórico.

Los obreros, por lo tanto, no darán facilidades para que aumente la producción, sin muy firmes garantías.

Otro de los argumentos empleados es que el valor del trabajo del destajista es determinado, a la larga, no por los trabajadores de producción media, y mucho menos por los de producción baja, sino por los de producción cuantitativamente superior. Esto rebaja el precio de la mano de obra, y los menos diestros, para ponerse a tono con sus necesidades, tienen que multiplicar el esfuerzo y la atención, llegando al «surmenage» crónico, fuente de enfermedades, de invalidez y muerte prematura, semilla defectuosa que hace degenerar la raza. Pienzan los obreros que la ligereza en el trabajo es un don que no debe redundar en perjuicio de los demás.

Hacen bien los trabajadores en no olvidar ese factor de la fatiga, porque no siempre lo tiene en cuenta el patrono y algunos echan de menos el tiempo en que se trabajaban doce, catorce y hasta dieciséis horas diarias,

sin pensar que se empobrecía física y moralmente al hombre.

Otra razón, exclusivamente sentimental, la apoyan en la igualdad de todos los obreros, aparte de sus condiciones. Desde el punto de mira obrerista, todos son iguales, y las necesidades, semejantes, y los ingresos también deben serlo. Este argumento, que quizá no tenga ningún valor económico, es, moralmente, la fuerza de sus doctrinas. A pesar del aval económico que ha buscado siempre el obrerismo, encierra un fondo profundamente humano, unas razones morales que no pueden controlar las estadísticas. Este sentido ético no ha sido valorado por sus adversarios, y aun por muchos de sus mismos partidarios, que con frecuencia han tomado con demasiada seriedad la argumentación científica de su ideología, sobre todo aquellos en quienes la cultura doctrinal es puramente librecia y no contrastada por los hechos.

Una de las razones morales más fuertes es la de acabar con una forma del destajo, que hay que tener la conciencia muy dura para no revolucionarse contra ella: el trabajo a domicilio. Todo el mundo sabe las condiciones pésimas en que se realiza este trabajo y las horas de fatiga, de abatimiento, de angustia, que se necesitan para conseguir un salario misérrimo. Si otras razones no bastasen, mientras no varien sus actuales condiciones, el trabajo a domicilio siempre será argumento en contra del destajo.

Estos y otros, seguramente, que no recordamos ni sabemos son los motivos en que se basan los obreros para rechazar el destajo como norma de trabajo. Repetimos que la lucha obrera no es un problema económico solamente, sino que, en el fondo, hay un problema de humanidad que sería conveniente que con frecuencia saliese a la superficie; y en la lucha contra el destajismo hay razones de orden moral que la economía desconoce.—J. Aguadé Miró.»

Y Felipe Turati dice sobre este interesante tema:

«El trabajo más intenso y febril—que es una consecuencia de generalizarse el destajo—produce, naturalmente, dos consecuencias sobre el mercado: una mayor suma de productos y una necesidad menor de operarios, desde que un operario llega a producir en diez horas aquello que con los viejos sistemas de manufactura producía en quince o veinte.

Existe, pues, de un lado, un mayor número de desocupados, que quieren trabajo y hacen rebajar los salarios de los ocupados; del otro, una mayor suma de mercaderías, que no se pueden vender o que deben ser vendidas con pérdida. El director debe, pues, o paralizar el trabajo o, al menos, disminuir la producción, lo que no puede hacerse más que con nuevos licenciamientos de operarios; de donde resulta un nuevo incremento de desocupados, un nuevo aumento de la oferta de brazos, un nuevo descenso de los salarios, etc., etc. Es todo un círculo vicioso de causas y efectos, que se agrava día a día fatalmente, inevitablemente, sin que sea posible detener su giro vertiginoso. El esfuerzo del operario que quiere mejorar su posición fuera de la solidaridad se resuelve lógicamente en la miseria, en la desesperación, en el hambre.—Felipe Turati.»

Opiniones tan valiosas, que plantean a fondo y reconocen un mal tan inmoral e inhumano, han de ser tenidas en cuenta por nuestros asociados.

Desterraremos de nuestras costumbres de trabajo todo cuanto puede constituir un perjuicio. Todo lo nocivo, en cualquiera de sus manifestaciones, debe ser desterrado. Quien falte a este deber de conciencia no puede llamarse trabajador consciente, y mucho menos buen asociado.

La religión prohibió al hombre el fruto del árbol de la ciencia; y ahora, a su vez, la ciencia ha probado que los frutos de la religión no alimentan al hombre.—ELISEO RECLUS.

Vaticinios de mis treinta años

Un mundo renovado y una organización ideal

III

Decíamos en nuestro número próximo pasado que en un plazo no muy lejano caerían en poder de los trabajadores todos los medios de producción y de cambio, porque las razones poderosísimas que asisten siempre a éstos obligarán a los capitalistas a concedérselos. Pero hemos de hacer notar que para lograrlo es imprescindible una lucha tenaz, una lucha constante, sin violencias—nosotros no fuimos nunca partidarios de ellas—, y que sus resultados no sean, al fin, hacer de los trabajadores nuevas víctimas.

La lucha ha de ser de combate intelectual, de capacitación de los hombres, porque cada uno es un cerebro, y cada cerebro una inteligencia para desarrollar iniciativas, si a éste se le cultiva y se le proporcionan los medios indispensables.

Es necesario que para cuando esto llegue estemos todavía mucho más capacitados que lo estamos en la actualidad, a pesar de que esta capacidad progresa en nosotros a pasos de Goliat.

Es menester que los trabajadores acudamos en grandes núcleos a escuchar con respeto y con el debido silencio la palabra autorizada de nuestros compañeros, así como también la de infinidad de hombres de ciencia que desfilan, galante y desinteresadamente, por la tribuna de nuestra universidad social; pues en cada conferencia, en cada reunión que interviene cualquiera de estos ciudadanos aprendemos alguna cosa útil, provechosa, no solamente para nosotros, sino hasta para nuestros propios familiares.

Esta es sólo y exclusivamente la fortificación que proclama un día y otro día para sus centros sociales nuestra gloriosa Unión General de Trabajadores.

No quiere que estén sus organizaciones fortificadas por artefactos destructores ni protegidas por falsos mercaderes.

Quiere que lo estén, como dije antes, por hombres sanos de conciencia y de honradez intachable, porque de un buen profesor es fácil lograr discípulos que en su día le puedan superar.

De esta forma, días llegarán en que de las propias organizaciones obreras salgan los hombres tan preparados, tan instruidos, tan aptos para el desenvolvimiento de todos los factores que integran la vida industrial, comercial y política, que sea a ellos solamente a quienes tengan que acudir los pueblos para que arreglen, para que solucionen, mejor dicho, lo que otros, por muchos años, hubieron dejado hecho una verdadera lástima.

Seguramente que para aquellas fechas estarán tan unidos los trabajadores de la inteligencia a los del músculo, que no habrá fuerza humana que pueda separarlos; mas antes es preciso que muchos de aquéllos olviden la fea costumbre imperante de «A quien más dé, yo serviré», porque es seguro que, transcurridos pocos años, la vida de la organización obrera tomará otros rumbos, por causas que nadie ignora, y tengan que recordar aquel refrán de «A caballo regalado no se le mira el diente».

Favorecer al enemigo es no apreciar nuestra propia vida, y mucho menos pensar en el porvenir.

Aceptar favores suyos o compadecerse de su llanto—en todo momento fingido—, es tanto como arriesgarse a hacer una expedición a las márgenes del Nilo.

Para renovar el mundo y para establecer una organización ideal es necesario proseguir la lucha emprendida.

Esta lucha, firme y acertada, comenzó hace cincuenta años escasos. ¡Ah! Pero todavía es joven para nosotros, y por esta misma poderosísima razón estamos en el deber todos, absolutamente todos, de proporcionarle los medios para que pueda llegar sana y robusta a hacerse centenaria, briosa, pujante, arrolladora, pero noble a la par, poniendo todos en esa nobleza todo el entusiasmo y todo el calor necesarios para que no se extinga, para que no se sumerja en el abismo, porque si esto sucediera...

Sabe el tercero de mis vaticinios la verdadera y apropiada solución; pero no quiere darla ahora; le conozco y sé que es muy discreto.

Manuel PARAZUELOS

Los Comités paritarios

Una campaña tenaz

Desde la publicación del decreto-ley de Organización Corporativa Nacional, la clase patronal, en sus diferentes aspectos, industrial y comercial, dió muestras de no ser su opinión favorable a la constitución, y mucho menos al funcionamiento de los Comités paritarios.

Ha transcurrido el tiempo, y con el transcurso del mismo se fueron constituyendo los Comités paritarios de una gran cantidad de oficios o de industrias.

Ya funcionando, muchos todavía en período de constitución, se da el triste caso de que aquella oposición que al principio se manifestaba por la clase patronal se agudiza de un tiempo a esta parte en forma de verdadera campaña de oposición a los Comités paritarios, y muy particularmente frente a la fuerza jurídica de que se hallan revestidos los mencionados Comités.

A esta campaña se ha unido toda la prensa más reaccionaria del país, empleando columnas y más columnas para combatir, en diferentes aspectos, a los Comités paritarios.

Coincidentes con esta oposición a la Organización Corporativa Nacional, las diferentes clases patronales lanzan en toda la prensa manifiestos, declaraciones de acuerdos, etc., etc., dirigiendo en este combate de ofensiva sus cañonazos contra las atribuciones que el decreto concede a los Comités paritarios.

Que no es una fantasía la precedente opinión lo demuestran los hechos que, por ser públicos, todos conocemos. Se han reunido Cámaras de Comercio, Círculos de la Unión Mercantil, Federaciones gremiales, Federaciones patronales; en suma, cuantas organizaciones representan a la clase patronal en sus variadas manifestaciones.

¿Cuáles son sus propósitos? Según sus propias declaraciones, el pretender, de una parte, que se reforme el decreto-ley de Organización Corporativa Nacional, en el sentido de restringir las atribuciones a los Comités paritarios, de impedir que sus resoluciones tengan carácter jurídico, fuerza de obligar, y que queden reducidos a un organismo más, sin eficacia alguna, que degenera por esta misma ineficacia en un desprestigio tal, que los haga inservibles, y, por tanto, ineficaz su funcionamiento.

De otra parte, trátase con esta campaña de conseguir que el real decreto de 30 de julio último, publicado en la Gaceta del 5 de agosto, en que se aclaran más ampliamente las atribuciones del Comité paritario, con arreglo a lo que dispone el artículo 17 de la Organización Corporativa Nacional, sea derogado, quedando las facultades de los Comités reducidas a su mínima expresión.

Hemos leído, no sorprendidos, por seguir paso a paso esta campaña, en el último número de «El Eco Patronal», órgano de la Federación patronal madrileña, los acuerdos adoptados para conseguir la finalidad que se proponen.

Las iniciativas lanzadas en el Pleno de la Federación de los patronos madrileños no son nada suaves; en verdad que no tienen nada de conciliadoras, sin duda, para llevar al ánimo del ministro de Trabajo, y conseguir, con una fuerte presión, el logro de sus deseos.

Declaran estos patronos su decisión de adoptar las resoluciones más enérgicas, por duros que sean los sacrificios que se impongan, llegando a hacer la declaración de hallarse dispuestos a darse de baja en la contribución industrial, de no conseguir sus propósitos.

¿Cuál será la posición del ministro de Trabajo ante esta actitud? No lo sabemos, no podemos saberlo; hay que confiar en que si dictó sus disposiciones convencido de evitar conflictos en la marcha y progreso de la industria de nuestro país, sostendrá sus convicciones y hará comprender a la clase patronal lo equivocado que está; que en los tiempos modernos, la clase trabajadora no es, no puede ser, socialmente considerada, inferior a la clase patronal. Que una y otra están legalmente constituidas, y que legal, social y humanamente han de tener igual personalidad jurídica.

De esperar es que así suceda, pues de suceder las cosas de otro modo, la

obra del actual ministro de Trabajo sería letra muerta en la legislación social de nuestro país. Los Comités paritarios, faltos de atribuciones, sin fuerza legal de obligar, sin personalidad jurídica, serían organismos muertos, que ni aun siquiera moralmente tendrían eficacia sus intervenciones en los conflictos sociales que pudieran sucederse.

Es, pues, necesario que los Comités paritarios sean organismos vivos, que tengan todas las atribuciones necesarias para cumplir, con toda la fuerza moral que tras de sí han de llevar, la alta misión que se les confió al ser creados.

Hemos dado, como viene dándola toda la prensa obrera y socialista, la voz de alarma; recoja este estado de opinión de la clase trabajadora quien está obligado, por su cargo, a recogerlo, y sepa que seguimos paso a paso la campaña iniciada, a la que haremos frente, ante el propósito, nefasto para la vida de la industria española, que se pretende llevar a cabo, en perjuicio de los intereses que, como trabajadores, defendemos y representamos.

DIVAGACIONES

HOY Y MAÑANA

Decididamente, el Socialismo va abriéndose camino, aun a costa de grandes trabajos; marcha ascensionalmente. Los hombres ansían la presencia de nuevas normas para el vivir, hoy tan fastidioso y a merced de toda eventualidad; se demandan mayores seguridades. En una palabra, la Humanidad, explotada, apetece una existencia mejor. Trabajar, sí; pero gozar también. Vivir dignamente la vida.

Con el triunfo del Socialismo vendrá todo eso; cierto. Mas no conviene derrochar ilusiones prematuras. Será mejor aprestarse todos a laborar, jornada tras jornada, por nuestro mejoramiento en todos los órdenes, primero; por nuestra emancipación total, después. Hay que preparar adecuadamente el momento decisivo. Es inadmisible el mesianismo. Habemos de flar únicamente del esfuerzo de todos y de cada uno de los que integramos la falange proletaria.

Sin embargo, a cada nuevo paso adelante, son mayores los obstáculos que se nos presentan y que hemos de vencer. De una parte, la burguesía opondrá nuevas e innumerables trabas a nuestros avances en la forma que más convenga a sus intereses. Combatirá toda reforma tendente a mejorar nuestras condiciones de trabajo, atropellará nuestros derechos, burlará la ley... El enemigo se nos presentará, a veces, francamente; en ocasiones, encubierto, solapado. O mostrándonos toda la fiera de sus intenciones, o dejándonos ver su apariencia de bondad... Pero siempre deberá cogernos prevenidos.

Tendremos también el «enemigo-amigo». Nos toparemos con los que, integrando la gran familia proletaria, por inconsciencia, por debilidad, por ignorancia, por muchas causas más, se nos enfrentarán y formarán el mayor obstáculo a nuestra marcha. Serán la rémora del Ideal, de la que tendremos que triunfar, si no queremos perecer.

Cada hora que pasa dilátanse más nuestros horizontes. Cada noche soñamos con que ya falta poco para que llegue nuestro día. Nuestra modestia se impacienta, no acierta a hacerse a la idea de que tarde aun mucho en asomar esa transformación de la vida, tan ansiada. Son muchas nuestras inquietudes y nuestros desvelos. Pero sabemos de sobra que aún faltan muchos esfuerzos para colmar nuestras apetencias. Y sin embargo...

Carmelo MORALES

(Del Grupo de Prensa de la Juventud Socialista de Madrid)

Noviembre 1928.

DE MI LIRA AMOROSA

ENSUEÑOS PERDIDOS

Era noche serena, fría, glacial, helada. Una noche de enero, en que la luna envolvía la tierra en bella plata, y el rocío adornaba la arboleda, poniendo estalactitas en las ramas, y sembrando de perlas la pradera, que irisa luego el sol por la mañana.

Tachonaban el cielo las estrellas, que, inquietas, rutilaban, y en torno de nosotros se tendía la llanura campestre, muy callada.

Del aldeano reloj, en la alta torre, se escuchó la campana cuando dieron, muy graves y sonoras, las dos de la mañana.

—Oh, qué tarde!—dijiste—. De seguro que en el pueblo, velando, no hay un alma.

—Ciertamente—te dije—que a estas horas tan frías y avanzadas es la aldea dormida un cementerio, silenciosa y helada...

Pero, mira, el objeto de este viaje se olvida con la charla. ¡Trae la mano y corramos, que ya pita la máquina!

Y corrimos, corrimos, abrazados, antes de que llegara, y en el andén, por fin, nos detuvimos esperando que hiciera la parada.

Paró el monstruo de hierro; pero viendo que de él nadie bajaba, nos volvimos al pueblo, mientras él sus anillos arrastraba.

Era el frío tan vivo, tan intenso, que el cutis taladraba; y por eso yo, entonces, con cariño, te abrigué con un ala de mi capa, y marchamos así, juntitos, ambos, mientras, en lontananza, se escondía la luna, ruborosa de celos y de envidia molestanda,

¡que hay escenas que no son para vistas, ni por la luna, en calma!

—¿Me querrás siempre así?—con ingenua pasión me preguntabas.

—¡Siempre!—te respondía.

Tú eres mi Ofelia amada, y tan sólo por ti yo tengo fuerzas por la vida en la lucha exasperada. ¡Qué sería del mísero Abelardo si el amor de Eloísa le faltara!

—Y tú, di, ¿me querrás siempre consi-

como me quieres? Habla.

—Hace tiempo que vivo siendo tuya—me dijiste, y, al tiempo que mirabas los ralles marchando paralelos y a ellos señalabas,

—al igual que esas líneas—añadías—marcharán, paralelas, nuestras almas.

A accidente, buscando el horizonte, refulgente y pausada, descendía la hermosa estrella Sirio, la más bella de todas las creadas.

Y tomando tus lindas manecitas, deteniendo la marcha:

—Por la estrella más bella del universo, que preside esta escena bienhadada, yo te juro que nunca he de olvidarte—te dije. Y tú, a mi instancia, por el disco plateado del lucero lo mismo me jurabas,

al sonar el chasquido de dos besos que aquel pacto sellaban.

Luego nos despedimos cuando, llegando a casa, yo te dije: —La senda de la vida, oscura, fría y áspera,

¿andaremos, lo mismo que esta noche andado hemos la que ahora mismo acaba?

—Sí—dijiste—. Y el hielo que la vida, al igual que hoy el frío en esas ramas, con su dura experiencia y con su tedio, poco a poco, congela en nuestras almas fundirá sin cesar de nuestros pechos la apasionada llama.

Luego, ¡ah!, pasó el tiempo y me olvidaste,

y ante tu acción incomprensible, ¡ingrata!, cada vez que amanece o muere un día, cuando brilla la Sirio en lontananza, recuerdo el juramento que, ante su magnitud, de amor me [dabas

una noche de enero, fría, glacial, helada, en que pude, al querer, hacerte mía, y al no ser porque, loco, te adoraba.

Feliciano MARTIN

IMPORTANTE

En el número anterior dábamos a conocer, con este mismo epígrafe, que los asociados que trabajasen en las obras de los patronos que se enumeraban no tendrían derecho al socorro de accidente en el trabajo o inutilidad a consecuencia del mismo.

Realizadas gestiones por la Junta directiva, hace saber que ha restituido en sus derechos a los compañeros que trabajan en las obras de los patronos Sres. Miró y Trepal, Sacristán Hermanos, Corcho Hijos y Félix Pérez, los que se encuentran en pleno derecho de todos los beneficios que se determinan en nuestro reglamento de la Sección de Socorros.

Participamos a los asociados que no tendrán derecho a los beneficios que antes se señalaban, si los accidentes

en el trabajo les ocurren en obras en que no se cumpla y respete el contrato de trabajo vigente, se falte a los acuerdos de la Sociedad o no exista delegado que represente a la colectividad.

Encarecemos a los asociados tomen nota de esta recomendación, procurando se cumpla cuanto la Sociedad tiene legislado en virtud de sus acuerdos, que estamos todos obligados a cumplir y respetar.

LA JUNTA DIRECTIVA

De una encuesta

La semana de trabajo de cinco días

De un memorándum presentado por investigadores nombrados por la Federación Americana del Trabajo para estudiar el problema de la jornada de trabajo semanal de cinco días copiamos lo siguiente:

«Las industrias de la aguja participan en gran escala del movimiento de los cinco días. La industria de los abrigos de Nueva York, que emplea unos 40.000 obreros, se ha puesto a laborar sobre la base de las cuarenta horas semanales. Igual ocurre en la misma industria en Chicago.

Gran número de obreros de la Edificación gozan también de la semana de trabajo de cinco días. La Confraternidad de Pintores y Decoradores, por ejemplo, informa que más de la mitad de sus 145.000 miembros gozan ya de dicha jornada.

Los obreros metalúrgicos, maquinistas y de las Artes Gráficas se agitan también, y han obtenido en algunos casos la demanda.»

Por otra parte, el Consejo Federal de las Iglesias Cristianas afirma:

«El desarrollo industrial y la creciente eficiencia de la mano de obra sugieren un mayor aminoramiento de horas y la jornada semanal de cinco días en varias industrias.

Hemos aprendido a ver con confianza que los obreros usan de su tiempo libre tan bien como cualquier otro grupo social.

Este reconocimiento nos reconforta. La vieja teoría era la de que había que tener atado a la tarea al obrero el mayor tiempo posible para evitar revueltas.»

Por último, he aquí un agudo comentario hecho en Wall Street Journal, el gran periódico financiero:

«La media jornada de trabajo en sábado estropea el día, tanto para la producción como para el consumo. Es antieconómica desde todos los puntos de vista. La agitación obrera ha amenguado las horas de trabajo y aumentado la oportunidad para el consumo. Los capitalistas deben prestar su apoyo y reducir la semana de trabajo cortando el medio sábado.»

Creemos que con lo dicho basta para reconocer la conveniencia de dicha moderna jornada de trabajo.

Páginas de los maestros

Toda legislación aparentemente encaminada a la protección del trabajo ha tenido por verdadero objeto la defensa de los intereses capitalistas colectivos; pero sólo se ha hecho efectiva cuando las reclamaciones obreras han amenazado graves compromisos para estos intereses, mereciendo, por lo tanto, considerarse todas las mejoras legales obtenidas para el trabajo como verdaderas conquistas de la clase obrera sobre la clase burguesa, nunca como concesiones humanitarias de ésta. Así, donde ha faltado la fuerza proletaria para sostenerlas, el desenfreno capitalista no ha tenido límite.

Las leyes y las instituciones que defienden a los trabajadores contra el egoísmo burgués son proporcionales al grado de desenvolvimiento del capitalismo, que las hace necesarias, y al desarrollo de la resistencia obrera, que las impone.

Jaime VERA

¿Qué es el noble? Vil gusano que de seda se vistió.

Levanta el pueblo la mano, lo desnuda, y se acabó.

M. ZAPATA

Conferencias del camarada doctor Torres Fraguas

Por la Junta directiva de la Sociedad ha sido organizado un cursillo de conferencias, a cargo del camarada Dr. Julián Torres Fraguas, sobre el tema «Las enfermedades profesionales en los oficios de la construcción».

Se anunciaron tres conferencias, para explicarlas los días 14, 20 y 30 del pasado mes de noviembre. La reseña de ellas, en extracto, alcanza a las dos primeras, pues a la hora de cerrar esta edición no se ha celebrado la tercera de las anunciadas.

Estos actos se verificaron en el salón grande de la Casa del Pueblo, asistiendo a ellos un gran número de compañeros.

He aquí el extracto de la primera de las conferencias:

Comenzó nuestro amigo el Dr. Torres Fraguas diciendo que antes de que se promulgase la ley de Accidentes del trabajo, el obrero que resultaba inútil a consecuencia del accidente sufrido quedaba en el mayor desamparo, y los obreros comprendieron que aquello no podía seguir, logrando, al fin, la promulgación de la ley de Accidentes del trabajo, que es ya una disposición que en general se observa.

Ahora se trata de llegar a legislar acerca de otro dolor que existe a consecuencia del trabajo: la enfermedad profesional. Hay oficios donde, por las condiciones en que se desenvuelven, se producen enfermedades, como la tuberculosis, en el de marmolistas, albañiles, pintores y otros. Cuando un trabajador es dominado por la enfermedad profesional queda inútil o perece.

El accidente del trabajo y la enfermedad profesional son consecuencia del trabajo mismo, y las dos cuestiones deben ser atendidas.

Después de explicar en qué consisten esos dos aspectos del dolor de los trabajadores, dijo que a todos debe interesar el que esos males desaparezcan: a los obreros, porque son los que sufren, y a los patronos, por el interés que deben tener en disponer de una clase trabajadora llena de salud y vigor.

Hay quien supone que accidente y enfermedad profesional es una misma cosa; pero los obreros deben tener especial cuidado en advertir que no es lo mismo; que la indemnización por accidente del trabajo está legislada y no está todavía la de la enfermedad profesional, aunque se viene estudiando este problema desde hace algún tiempo por las constantes reclamaciones de los trabajadores.

De los casos que en general se presentan como enfermedades profesionales en los oficios de la construcción, es en el aparato respiratorio, explicando a este propósito el funcionamiento de ese aparato, del que dijo que cuando no se halla en buenas condiciones, la predisposición a la enfermedad profesional aumenta; por esta razón hay que cuidarle, procurando no aspirar agentes nocivos.

Las enfermedades profesionales en los oficios de la construcción suelen tener su origen por el contacto con materias vegetales, minerales y animales, según los materiales que se trabajen, y cada oficio presenta sus características y obedeciendo a los gérmenes nocivos que llevan los materiales que se trabajan.

La tuberculosis se adquiere, por lo general, por el polvo que se aspira, que lleva el bacilo que la produce.

La defensa contra el contagio debe practicarse trabajando en talleres higiénicos y aislando, aunque sea doloroso, a los que padezcan esa enfermedad.

En la conferencia segunda, celebrada, como la anterior, en el salón grande de la Casa del Pueblo, en la tarde del 20 del pasado mes de noviembre, trató el camarada Torres Fraguas acerca de las intoxicaciones por los efectos del plomo, exponiendo las ideas que, sintetizadas, a continuación reproducimos:

Esta enfermedad es de una gravedad extraordinaria, porque, no sólo afecta al desgraciado obrero que la padece, sino que influye en su descendencia de una manera desfavorable.

La intoxicación de plomo a veces se confunde con otras enfermedades, lo que da lugar a que se cometan mu-

chas injusticias, privando a los obreros de la indemnización por accidente del trabajo.

Explica con gran prodigalidad de detalles infinidad de casos en los cuales a primera vista los enfermos fueron diagnosticados de no padecer dicha intoxicación; pero luego, en un examen más profundo, se confirma la existencia de dicha intoxicación.

Explica técnicamente cómo había que tratar a dichos enfermos, tanto para establecer un diagnóstico exacto como luego para curarlos.

OFICINA DE RECLAMACIONES

He aquí los asuntos que han sido resueltos, favorablemente, por esta Oficina, a contar de la última relación publicada en el número de nuestro periódico correspondiente al mes de octubre.

Sin necesidad de reclamar oficialmente, se ha conseguido el objetivo deseado para los siguientes compañeros:

Ramón Fernández García. Fué dado de alta sin estar curado. Por gestiones de la Oficina, la Sociedad aseguradora volvió a encargarse de su curación, y cobró por sus jornales 354 pesetas.

Palmiro Hernández Muñoz. Como al anterior, le volvieron a atender, y cobró 60 pesetas.

Victoriano Mingo Herrero y Teodoro Castillo Hualde. Como los anteriores, fueron dados de alta sin estar curados, y se consiguió que las respectivas Sociedades aseguradoras volvieran a encargarse de su curación.

Manuel Simón Gamarro. Le quedó una incapacidad por la que cobró la cantidad de 3.000 pesetas.

Pedro Matey García. También incapacitado, cobró 2.080 pesetas.

José Silveira López. Incapacitado asimismo, cobró 2.047,50 pesetas.

Fué preciso reclamar en el Gobierno civil y se obtuvo resultado favorable para los siguientes compañeros:

Perfecto López Sorní. Por los tres cuartos de su jornal por accidente cobró 47,25 pesetas.

Tomás Terrero Nevado. Por la misma razón que el anterior se consiguió que cobrara 72 pesetas.

Julio Berzal Ramírez. Como los anteriores. Cobró 92,15 pesetas.

Antero Segovia Díaz. Como los que anteceden. Cobró 75 pesetas.

Félix Esteban Huerta. Asunto idéntico a los anteriormente indicados. Cobró 157,50 pesetas.

Bartolomé López López reclamaba y cobró por salarios que le adeudaban 107 pesetas.

Justo Fernández Heras, Bartolomé Toro Bastida, Juan José Benítez Olivares, Mariano del Amo Martínez, Fermín Gómez Hernández, Vicente Magro Almarza, Isidro López Vallés, Justo Sacido Sahagún y Quintín Meneses Boto. También reclamaban y asimismo cobraron, por jornales que se negaban a pagarles, 910 pesetas.

No han prevalecido en el Gobierno civil y pasan, por tanto, al Tribunal Industrial, para su resolución definitiva, los asuntos de los siguientes compañeros:

Manuel Berreiro Hernández, Tomás López Martín y Matías Gabarrón Botia, que reclaman salarios que no les han pagado.

José Doménech Arévalo, Ataulfo Díaz Granado y Juan Albadalejo Pérez, que reclaman jornales y gastos de asistencia médica por accidente.

Maria Felipe Liceras, que reclama indemnización por fallecimiento de su esposo, Eugenio Areste, en el hundimiento de la obra de la calle de Lista, número 70, y **Gregorio José Cubillo y Carmen Parra,** que formulan igual reclamación por fallecimiento de su hijo Faustino José Cubillo, ocurrido en la misma obra.

Tribunal Industrial.—En él se han resuelto los cuatro asuntos siguientes:

Jesús Vázquez Ramos. Reclamaba jornales y gastos de asistencia médica por accidente. Aunque en el acto de conciliación no hubo avenencia, la Compañía aseguradora lo pensó mejor y, a los pocos días, pagó la cantidad que se le reclamaba, de la que correspondían al obrero 138 pesetas, que cobró, por lo que no hubo necesidad de celebrar el juicio.

Vicente Astorgano. Reclamaba in-

demnización por muerte de su hijo José Prieto Astorgano, ocurrida en una obra de la calle de María de Guzmán. Tampoco llegó a celebrarse el juicio, pues en el acto mismo de dar comienzo, la Sociedad aseguradora se avino a pagar, y pagó, en efecto, al día siguiente, las 1.428 pesetas que se le reclamaban.

Juan Manuel Bravo Martín, Fidel Pulgar Sánchez, Julián Monasterio Calvo, Luis Arminio Zaragoza, Francisco Cordero Rubio, Antonio Esteban López, José Muñoz Arribas y Emilio Corral. Todos ellos reclamaban salarios que no les había pagado su patrono Enrique Mercado. Este juicio si llegó a celebrarse y en él se obtuvo sentencia favorable a los reclamantes, pues se condenó al patrono, no sólo a que pagase los salarios que adeudaba, sino que, además, se le condenaba a que abonase dos jornales a cada uno de los reclamantes, como indemnización de perjuicios. A pesar de este concluyente y brillante resultado, hemos de decir, a fuer de sinceros, que esta victoria es más moral que material. Sabíamos nosotros que este patrono carecía de fondos, por lo que demandamos al propietario de la obra como responsable subsidiario. Tendieron nuestros esfuerzos en el juicio a demostrar que el propietario debía dinero al contratista, con objeto de que se aplicase en la sentencia lo que determina el artículo 1.597 del Código civil. A pesar de las constantes negativas del propietario, el Jurado estimó en el veredicto lo que nosotros deseábamos; pero no fué posible determinar la cuantía del débito del propietario al contratista, por lo que no se condenó al primero, en virtud de lo que se determina en el artículo 467 del Código del Trabajo. Aunque, como ya hemos dicho, la sentencia nos era favorable, pensamos recurrir, pero cesistimos de ello, pues convenientemente asesorados por persona competente, se nos aseguró que en la sentencia se sentaba una doctrina perfectamente legal y, en su consecuencia, hubiese sido ratificada por la Audiencia y, en su caso, por el Tribunal Supremo.

Feliciano Montalbo Martínez. También se ha celebrado este juicio. Se dió en este asunto el caso siguiente: Este compañero fué dado de alta sin estar curado, por lo que se reclamaba los tres cuartos de su jornal y los gastos de asistencia médica hasta su alta definitiva. Sin conocimiento de esta Oficina, fué llamado el reclamante por la Compañía aseguradora y le pagó los jornales que reclamaba, mas no los gastos de asistencia médica. A cambio de esto firmó un documento en el que desistía de su reclamación, por haber cumplido la Compañía los deberes impuestos por la ley. No por esto abandonó el asunto la Oficina, y llegamos a la celebración del juicio. El veredicto del jurado para nada tiene en cuenta el documento firmado por el obrero, y asegura que ha estado en tratamiento después de ser dado de alta por la Compañía y que ésta no ha pagado la minuta del médico. En vista de este concluyente veredicto, esperamos que la sentencia, que aún no conocemos, sea completamente favorable para nosotros. Concedemos a esta sentencia una enorme importancia, pues el caso que relatamos se repetirá, seguramente, en más de una ocasión. Las Compañías aseguradoras están a la que salta, pero nosotros procuraremos que no les valgan sus habilidades.

Bienvenido Pérez Rojo. Este compañero padece una importante lesión en la columna vertebral, por lo que creemos que no hubiera sido muy difícil conseguir para él la indemnización correspondiente a la incapacidad permanente y total para todo trabajo, equivalente al salario de dos años, o, por lo

menos, la incapacidad permanente y absoluta para su trabajo habitual, equivalente al salario de año y medio. Se nos presentó este camarada todo avergonzado, y nos manifestó que había transigido con la Compañía sin conocimiento de la Oficina, por lo que rogaba a ésta que diese por terminado su asunto. Al reprocharle el que esto escribiera su proceder y al preguntarle en qué condiciones se había efectuado la transacción que nos comunicaba, hubo de contestar Bienvenido, textualmente: «Compañero Santana, no quiero decirle lo que me han dado, porque se va usted a indignar.» ¿Qué habrán hecho con este pobre compañero?

Tomás Carrión, Alfonso Romero y Manuel del Valle denunciaron que no les pagaban salarios. No llegó a intervenir la Oficina, pues estos compañeros, antes de que se presentaran las respectivas reclamaciones, avisaron que habían sido pagados.

Rafael Gonzalo Arranz y Florentino Baeza del Barrio reclamaron que los habían dado de alta sin haberse terminado su curación. Se los envió a nuestro médico, compañero Fraguas, y éste estimó que estaban completamente curados. Así debió de ser, por cuanto los mencionados compañeros no han insistido en su reclamación.

Terminaremos con nuestra acostumbrada nota final, manifestando que desde que funciona esta Oficina hasta el momento en que estas líneas se escriben se ha conseguido que cobren los reclamantes la cantidad de veintidós mil novecientos nueve pesetas y veinticinco céntimos.

El oficial,

Fernando SANTANA

Un ministro con aficiones de albañil

El hecho, por lo nuevo, nos invita y atrae al comentario.

El título bien pudiera hacer creer a nuestros compañeros y lectores que se trataba de algún ministro que había trocado la levita de hombre de Estado, de impecable corte, por la blanca blusa.

Pero no; nuestro oficio, aunque se haya presentado el caso que comentamos, no ha tenido todavía la fuerza sugestiva suficiente, la fortuna, de atraer el interés de cualquier personaje.

Hemos dicho «la fortuna»; pero no nos atrevemos a usar, de un modo definitivo, el término, porque nuestros camaradas ingleses de la albañilería han tenido la magnífica ocasión, y, no solamente la han desafiado, sino que han surgido numerosas protestas por darse el caso de que se consagrara como albañil a un ministro.

Nuestros compañeros harán bien en no impacientarse, porque todavía estamos muy lejos de que en los andamios haya dos categorías de albañiles: una, la clásica, la conocida de todos, con los pantalones pregonando constantemente su profesión, y la gorrilla, con la visera muy ladeada, por el afán de la faena, o la boina, por la que de vez en cuando, y por algún roto imposible de disimular, asoma un mechón de pelo rebelde; y otra, nueva, completamente nueva, con la que ninguno contábamos, y que acaso pudiera ofrecernos el espectáculo de trabajar con chistera, guantes de fina gamuza y botas de superior charol, que tendrían que estar limpiando constantemente.

Por si el hecho fuera posible, están los albañiles ingleses que protestan.

Pero en esto hemos de ser sinceros: creemos que nos han hecho, con su intransigencia, un flaco servicio.

Además, nos han privado de que a nuestra profesión se le empezara a tener una efectiva consideración.

¿Por qué cualquier aristócrata no ha de poder ser albañil?

¿O es porque resulta imposible pasar de albañil a aristócrata, y se quiere buscar la equidad?

Pero ya que una cosa es más fácil que la otra, debe permitirse.

Yo, por mi parte, he de decir que no opondré nunca ningún obstáculo.

Por si acaso tuvieran algún recelo, ya lo saben los aristócratas, ministros y ex ministros: desde mañana mismo pueden ser albañiles (oficiales, peones

o lo que mejor puedan desempeñar).

Y nosotros estaremos preparados, y que no nos choque si en la obra oímos decir al maestro: «Excelentísimo señor calero: ¿Quiere concederme el obsequio de no echar tanto cemento en el mortero, y cargarle más de arena?»

O un documento concebido en estos o parecidos términos: «Excelentísimo señor: El que suscribe, Fulano de Tal y Tal, patrono de la obra de la calle de..., tiene el alto honor de dirigirse a V. E. en solicitud de:

Que cuando esté sentando ladrillo procure no hacer tanto cascote, porque esto contribuye a que se gaste más material que el necesario.

Que no dé tanto grueso al guarnecido y, además, que en general procure realizar más cantidad de trabajo que el que hace.

Favor que espere merecer de V. E., etcétera, etc.»

Mirándolo bien, no tendría nada de particular esto, y, en todo caso, se habría puesto de relieve una vez más el adagio de que «los extremos se tocan».

Pero señalemos el hecho, que puede ocurrir que no conozcan algunos compañeros.

En Inglaterra hay un Gobierno. De este Gobierno forma parte un conocido personaje inglés, que desempeña el ministerio de Hacienda.

Aunque parezca raro, al ministro inglés de Hacienda le sobraba tiempo, y lo dedicaba a hacer trabajos de albañil en una finca de su propiedad.

Pero se enteró la Junta directiva de la Sociedad de Albañiles de Londres, y le hace ingresar en las filas obreras.

Mr. Churchill no puso ningún obstáculo, y su primera cuota la pagó en un cheque.

Y aquí viene lo extraño, y de lo que nosotros nos quejamos: los albañiles y mucha prensa obrera inglesa empezaron a protestar, hasta que el ministro ha sido dado de baja en la Sociedad.

El precedente que han sentado los compañeros ingleses no es bueno.

Al conocer el hecho, nos dispusimos a recibir en nuestra Sociedad a algún personaje, ya que los españoles somos tan amigos de lo exótico.

Pero, esperanza vana; la hemos perdido al conocer la suerte que han corrido las aficiones de Mr. Churchill.

Nos regocijaba el carácter parlamentario de nuestras asambleas, porque si el hecho hubiera ocurrido quien sabe los personajes que hubieran tenido derecho a intervenir en ellas.

Y si no, vean nuestros compañeros. El presidente: «El compañero excelentísimo señor conde de Romanones puede hacer uso de la palabra»; y éste, hablar, hablar... y...

Un compañero que no entendiera mucho de tratamiento:

—Una cuestión de orden. Este compañero no se cife; es más, yo creo que no anda bien de la cabeza.

Y otro, interrumpir:

—Pues, entonces, tendrá que andar tumbado.

Y otros muchos casos como éste.

Pero, en fin, tenemos un consuelo, porque si los albañiles ingleses nos han privado a nosotros de esto, los personajes españoles (políticos, escritores, periodistas, ministrables, algunos militares, y economistas, y tantos y tantos...) no tienen por qué sentirse agradecidos, porque, no dejándoles ser albañiles, los han privado del medio más seguro para elevarse.

José OLALLA

RAMOS BAUTISTA

Víctima de rápida enfermedad, falleció en la tarde del 26 del pasado mes de noviembre esta buena compañera, madre de la hija adoptiva de nuestra Sociedad, Margarita de la Oliva y Bautista, y viuda de nuestro inolvidable camarada Francisco de la Oliva Postigo, el cual perdió su vida en defensa del ideal.

Fué la compañera Ramos una buena madre, fiel cumplidora de sus deberes, y una excelente compañera. Todos sus amores, al quedarse viuda, los reconcentró en la educación y cariño hacia su hija Margarita, ligando su vida a la de nuestra Sociedad.

Hondamente embargado el ánimo ante la terrible sorpresa recibida, escribimos estas líneas, expresión de nuestro profundo dolor, al cerrar la edición de este número y ya en má-

quina, expresión sentida en el fondo de nuestra alma.

La conducción de su cadáver se verificó en la tarde del día 27, asistiendo la representación de la Sociedad y un buen número de amigos y compañeros, demostración de las simpatías que por sus virtudes y bondades disfrutó en vida la compañera Ramos.

Su inhumación, como correspondía a sus convicciones, se realizó en el Cementerio Civil, acudiendo hasta la sepultura donde reposan sus restos cuantos compañeros y amigos asistieron a este fúnebre acto.

Desde estas columnas hacemos presente el dolor que la Sociedad siente por tan dolorosa pérdida a todos sus familiares, y muy particularmente a la hija adoptiva de la Sociedad, compañera Margarita de la Oliva, quien sabe que sentimos muy de veras la pérdida de su amantísima madre como cosa propia, pues tan cerca de nosotros vivió siempre, que el dolor nos alcanza a todos por igual.

Expresado nuestro pesar y hecho público sentimiento en nombre de la Sociedad, ante la turbación de nuestro espíritu por el terrible e inesperado zarpazo recibido, sólo nos quedan alientos para expresar la emoción de nuestra alma en estas finales palabras: ¡Descanse en paz!

La vida en sí es buena, y constituye el bien más preciado de este mundo; pero está muy mal dispuesta. — LA ROCHEFOUCAULD.

¡Y sin embargo, nosotros no queremos que haya huelgas!

Hemos dicho que nosotros fomentamos, atizamos e incubamos las huelgas. Pero esto no quiere decir que nosotros tengamos la obsesión de las huelgas. Al contrario: por nosotros no habría nunca huelgas. No las queremos, pero tampoco las rechazamos. No podemos. Las huelgas en nosotros, que somos obreros asociados, son el último recurso a que echamos mano para defendernos de la opresión capitalista. Vamos a ellas obligados, hostigados por el patrono mismo. Y como ya esto lo sabemos, he ahí por qué nos preparamos, he ahí por qué constituimos Sociedades de resistencia recias, vigorosas, potentes, desde las cuales podamos hacer frente al empuje patronal. Si; no tenemos más remedio que provocar huelgas. ¡Ojalá pudiéramos pasar sin ellas! ¡Nadie mejor que nosotros sabe los dramas tremendos, las escenas trágicas que en los hogares proletarios se producen en los días febriles de huelga! La esposa que gime, que incita tercamente, desesperadamente, a la traición; el rapaz que chillaba, que llora pronunciando palabras obsesiones, palabras de hambre que taladran nuestras almas. Hace falta toda la fe, toda la convicción que tenemos de la justicia de nuestra causa, para no caer, para no ceder en esos días de prueba durísima. Y así y todo, ¡cuántos y cuántos no claudican!... Obrero, obrero: no seas tú de éstos, no te traiciones jamás. ¡Antes...! No; no queremos huelgas; pero quieren los patronos que las hagamos. Lo quieren los patronos porque nunca se avienen a razonar, a discutir, mucho menos a ceder, a transigir. «¿Cómo!—suelen decir ellos—. ¡Discutir con «nuestros» obreros? De ninguna manera...» Su soberbia no da más de sí. Y no sabemos de ningún burgués que por su propia voluntad mejore la condición de sus obreros. Quizá no lo sepa nadie... Tan sólo teniendo en perspectiva el fantasma de la huelga es cuando se abandona su soberbia; tan sólo teniendo enfrente de sí a sus obreros solidamente organizados, férreamente disciplinados, es cuando se «apiada» un poco... Por eso nos asociamos; por eso hacemos huelgas. Y a ellas vamos, a ellas debemos ir con absoluta confianza en nosotros mismos, con alma y corazón para vencer. ¡Para vencer por encima de todo!...

Tomás MEABE

La mitad de la vida se pasa durmiendo.—PASCAL.

GRÁFICA SOCIALISTA.—San Bernardo, 92.